

ido á pedirles sus nombres han contestado: «No queremos ir.»

P.—Así queda sentado que, ni aún hoy podeis precisar de un modo especial la necesidad de dinero que tenia Roux. ¿Tenia acreedores?

R.—Tenia deseos de hacer fortuna.

P.—De este modo y segun vuestro plan, él se dijo: «simularé un asesinato; sostendré hasta el fin que Armand ha sido el autor de él, convertiré á la justicia en cómplice mio por mas que sea involuntariamente; pero al fin le convertiré en cómplice de la superchería que he ideado, y cuando consiga que Armand sea condenado le pediré dinero.

R.—Ese es precisamente su plan.

P.—Es bien curioso ese plan.

R.—¿Quereis una prueba de mi opinion? Pues os la voy á dar en seguida. Estaba en el hospital, pedia que le dejasen salir y no se lo permitian; sale con un hombre que le acompañe, se pasea por toda la ciudad; en el mercado se pasea y se para á cada diez pasos diciendo: «separaos, dejadme que me dé el aire,» y esto despues de su comunión.

Al dia siguiente quiere renovar la misma comedia, se hace dar un caldo; pero el médico se opone á la salida, entonces... se marcha sin alagar otra razon que la de que el médico no quiso recibirle.

P.—Fijado este plan, examinemos otros puntos. Roux bajó al subterráneo por la mañana, no se le vió durante todo el dia, estuvo sin comer hasta el momento en que se le encontró por la noche.

R.—Pudo bajarse pan en el bolsillo. Sabia que alguien debería bajar al mediodía.

P.—¿Podeis decirme cómo es que no empezase en aquel momento sus ronquidos, el estertor que debia llamar la atencion de la criada?

R.—Era preciso que fuese de noche; no hubiese podido engañar á nadie si lo que pasó hubiese sido de dia.

P.—De este modo esos pobres médicos ciegos durante la noche, ¿cuándo dijeron que Roux estaba á las puertas de la muerte, estaban en un error?

R.—Me permitiré observar al señor Presidente, que si Roux hubiese estado tumbado al mediodía como lo encontramos á la noche, la camarera lo hubiese visto, ya que la puerta tiene una claraboya ó ventanillo.

P.—Fué encontrado con las manos atadas por la espalda, los piés ligados, una cuerda alrededor del cuello, todo esto puede ser hecho, ya veremos como; pero para estar las manos vueltas á la espalda es preciso tener cierta habilidad.

R.—Es la cosa mas fácil del mundo, y lo sostengo. Ya probaremos que es mas fácil el hacerse uno mismo una ligadura semejante, que el que la pueda hacer otra persona. Creo mas, creo que es imposible de todo punto el que otra persona lo haga. Es tan fácil el ligarse las manos como lo es el ponerse el sombrero en la cabeza. Yo me las ligaria en cinco minutos, á pesar de tener estropeada la mano derecha; pero si yo tuviese que hacer á otro el mismo trabajo, me seria imposible.

P.—¿No admitís que Roux llegase á ese estado peligroso del cual os he hablado? ¿Entonces no debo preguntaros como os esplicais que para que la estrangulacion se operase, no hiciese nada para llamar, ni hiciese nada para desligarse?

R.—Contestaré que tal vez llegó á estar mas enfermo de lo que él queria. Me decis que pedia desligarse, sí; pero nosotros estábamos allí, fué preciso ir á buscar el comisario de policía, esperar al cerrajero, el médico...

P.—La cuerda del cuello se le quitó en el instante mismo en que se entró en el subterráneo: ¿La gravedad pudo llegar en el tiempo transcurrido desde que se bajó al subterráneo?

Otra observacion: Roux bajó al subterráneo y permaneció allí todo el dia; se apretó hasta el punto de morir, y ese hombre tan hábil se encerró!

R.—Bien era necesario que lo hiciese; no le tenia por hábil; pero he visto despues que lo era mucho.

P.—Pero habiendo organizado su plan con mucho tiempo de anticipacion, segun creéis, debió haberse dicho: «Si me encierro en el subterráneo se encontrará la llave!» esto no podia faltar.

R.—Precisamente por eso la ocultó bien.

P.—Mi observacion queda en pié. En su plan, encerrado ó no encerrado, podia decir: «Armand bajó y me dió el golpe.»

R.—Habeis visto mi subterráneo, señor Presidente. Si yo hubiese estado con vos en aquel mo-

mento os hubiese enseñado como era posible ocultar la llave de modo que no se hubiese podido encontrar: os diré como. La casa tiene cuatro pisos, es una casa de la edad media, está bien construida. Los muros de fundamento tienen de 1'20 á 1'30 metros de espesor: es tan fácil ocultar una llave en uno de los cimientos como ocultar un grano de trigo. ¿Quién impedia á Roux ocultar la llave á 1 metro debajo de tierra? ¿Quién le impedia ocultarla debajo de los cimientos? Estuvo en el subterráneo todo el dia.

P.—Pero en todo caso se exponia á que fuese encontrada: esa es una opinion insostenible.

R.—No se ha buscado la llave sino para acusarme, para ver si yo la habia echado por la claraboya.

P.—No puedo permitir que pretendais que los que buscaron la llave lo hicieron de modo y con la idea de acusaros.

R.—Fué el comisario de policía, que dos dias despues del suceso empezó sus investigaciones.

P.—No sospecheis de las intenciones: es imposible admitir que se buscase la llave con intencion de no encontrarla y de acusaros.

R.—Permitidme una observacion. En el subterráneo habia leña y carbon, aparte de que era excesivamente fácil el echar la llave con la mano á la calle; pues bien, yo encuentro que un testigo dice haber notado dos veces como un individuo, que no entró en la casa, estaba parado al otro lado del boulevard. No sé por qué haria eso.

P.—Admitís, pues, la idea de un cómplice llegado para recibir la llave desde que pasase por la reja.

R.—Pudo ocultarla tambien en los cimientos, en fin, en cualquier parte.

P.—Podia ocultarla, pero creo, y lo reconoceréis conmigo, que se la podia encontrar en cualquier sitio en que se la hubiese ocultado, y no se encontró.

R.—Porque no se ha buscado bien.

P.—No puedo dejar que digais eso, cuando el proceso verbal del juez de instruccion hace constar que lo fué.

R.—Vos sabeis cómo y cuando.

P.—Nosotros lo que sabemos es que fué buscada y no se encontró.

Roux ha declarado que el crimen fué cometido por la mañana entre las ocho y media y las nueve.

¿No comprendéis que fijando esta hora se exponia á verse detenido en el primer paso de su plan? Bastaba para esto que hubieseis podido probar que estabais entonces en un sitio diferente del subterráneo. Vos sosteneis que no podiais estar en el subterráneo, porque estabais con vuestra mujer; convenid que en el caso supuesto por su declaracion, Roux hacia imposible la acusacion.

R.—Por el contrario, afirmo que eso mismo vino en apoyo de la acusacion: sabia que yo estaba en la cama con mi mujer y no en otra parte, sabia que yo me levantaba entre las nueve y las diez.

P.—¿Sabia, pues, que se podia probar que estabais en la cama?

R.—No, que yo estaba en el cuarto de mi esposa.

P.—¿Y la camarera?

R.—Estaba en la cocina; no entraba nunca en el cuarto sino cuando yo salia del de mi esposa. Sabia que no podia decir que me encontraba en otra parte.

P.—Eso corresponde á los debates; es discutir. Lo que os puedo decir es que os desmiente sobre este punto la camarera, afirmando, por el contrario, que no estabais en la cama con vuestra esposa.

R.—Es una desgracia que afirme eso.

P.—Dice á renglon seguido que os vió en el comedor.

R.—Pues es otra desgracia que lo haya dicho. Tambien dijo que me vió desayunar entre las nueve y nueve y media, y sin embargo, otras personas me vieron hacer mi pequeño desayuno á las diez, como de ordinario. Hubiera tenido que hacer dos comidas en bien poco tiempo.

P.—Lo que podemos decir es, que no tenia interés alguno en disimular las circunstancias que os fuesen favorables, ya que estaba á vuestro servicio.

R.—Desde hacia muy poco tiempo.

P.—¿Habeis tenido alguna vez motivos para quejarnos de ella? ¿Creéis que fuese cómplice de Mauricio?

R.—No; pero es enojoso que tema ver en esa muchacha una persona que no dirá toda la verdad. Despues del suceso no podia dar un paso en la casa sin que tuviese que ir acompañada; sostuvo en el primer momento que Mauricio se habia suicidado, lo mismo la cocinera, mientras yo decia que se trataba de un asesinato. Ha sido una lástima que fuese á ver

á Mauricio al hospital, cuando decia que tenia miedo de él.

P.—Es cierto; fué acompañada de la cocinera.

R.—Veo lo sabeis, y, sin embargo, yo no lo he visto en la instruccion.

P.—No me está prohibido, segun creo, el informarme de todo lo que pueda ayudar á la manifestacion de la verdad.

R.—Es cierto; pero entonces me interrogais sin que yo sepa los hechos sobre los cuales formulais vuestra demanda.

P.—No tenemos sino una intencion; la de descubrir la verdad. ¿No os llama, pues, la atencion que yo busque (estoy en mi derecho) todo lo que pueda ayudar á la manifestacion?

R.—¿Y yo?

P.—¿Pensáis que la cocinera era tambien confidente ó cómplice?

R.—No puedo decirlo; pero me ha preocupado mucho el saber que entrambas habian estado en el hospital, tanto mas cuanto la camarera pidió que no se dijese nada á la señora. Me convencí que representaba tambien una comedia cuando vi que no podia ir de una pieza á otra de la casa por el miedo que tenia á Mauricio, y era preciso acompañarla, y en seguida la veo irse á buscar ese mismo Mauricio al hospital.

P.—¿Sosteneis que la camarera no dice la verdad?

R.—Digo que se equivoca.

P.—Tenia necesidad de dejar bien fijado este punto. Armand llegaba hasta á acusar á esa jóven de complicidad con Roux, explicando así el interés que habia manifestado al irle á ver al hospital.

R.—Dad á esa visita el color que querais, yo puedo darla uno que no será el vuestro. Esto ha podido inquietarme algo; cuando haya declarado tal vez sabremos mas, pero debo hacer observar que esa jóven no ha querido permanecer en la casa á pesar de los esfuerzos que se han hecho para que se quedase.

P.—¿Por qué se marchó?

R.—No lo sé; espero que ella lo dirá.

P.—Es mucho mas frecuente ver alterar la verdad en favor de un acusado que en contra de él.

R.—Eso depende de las circunstancias.

P.—En cuanto á mí estoy mas inclinado á creer que en esta causa si los testigos disimulan toda ó parte de la verdad, será mas bien para seros favorables que para seros contrarios.

El señor procurador general.—El obrar así está en nuestras costumbres.

Armand.—Reconozco con vos que así debe ser; pero durante ocho meses se ha hablado bastante de mi causa; se han dicho infamias, cosas que parece imposible que se digan; esto se ha repetido públicamente, y si no ¿por qué se ha traído este asunto ante vosotros á peticion mia? Esto no es lo ordinario; es la primera vez que sucede, luego debe haber habido razones muy poderosas para que se haya fallado así.

P.—¿Segun vos, Roux es un desgraciado?

R.—Aunque me costase la cabeza el decirlo, lo diria toda mi vida.

P.—Os acusa y persiste en acusaros delante de todos.

R.—¡Me ha acusado delante de Dios y despues ha comulgado!

P.—Precisamente. Ese hombre vende su alma bien barata; pero los desgraciados como él cuentan con un cuerpo. ¿Sabeis que si Roux persiste aquí en su falsa acusacion, y es un testigo falso se espone á una pena terrible? ¿Admitís, pues, que ese hombre despues de haber desafiado á Dios y á los hombres venga aquí á comprometer su seguridad, su libertad, tal vez su vida, si por un falso testimonio producía vuestra condena? ¿Creeis que lo desafía todo para obtener dinero?

R.—Todo.

P.—Si es difícil admitir que vos, sin una razon suficiente, sin un sério motivo, os hayais determinado á matar á vuestro criado, aún es mas difícil admitir que Roux haya organizado y mantenido con la tenacidad con que lo ha hecho el peligroso plan que mantiene.

R.—Es una apreciacion.

P.—Una última palabra. Acabo de decir que podia haber dificultad en admitir que os hubiéseis determinado á matar á vuestro criado; pero veamos, Armand, las cosas no han pasado así; ¿no fué que

bajasteis al subterráneo con la intencion de matarlo, sino con la sola intencion de pegarle, de corregirle como habiais ya pegado y corregido á otros?

R.—¿Y para eso á que habia de bajar yo al subterráneo? ¿No acababa de verle en mi cuarto?

P.—Le dariais un golpe: la fuerza de ese golpe excedió á vuestro propósito y cayó desmayado....

R.—Si eso hubiese pasado, yo mismo le hubiera prestado socorro.

P.—Os ballasteis turbado delante de aquel hombre, á quien no queriais matar, y que, sin embargo, estaba próximo á morir. Entonces, y esto es lo mas favorable que puedo admitir para vos, perdisteis la cabeza, y os dijisteis: «Tal vez vuelva este hombre á la vida y me acusará. Será necesario comparecer ante la justicia, defenderme. Pues bien; para asegurarme su silencio, voy á rematarle.» ¿No es verdad?

R.—Yo soy incapaz de hacer un rasguño á nadie; soy un hombre demasiado vivo, desgraciadamente para mí, para haber ido al subterráneo detrás de ese hombre. No sabia que hubiese dicho que mi casa era una barraca.

P.—¿Continuáis negando?

El señor Julio Favre.—No niega, explica, lo cual vale mucho mas.

El señor primer Presidente.—Mañana, día 15 de Marzo, empezarán los debates propiamente dichos. Oiremos á los testigos.

El señor Presidente, antes de levantar la sesion, previene á los señores jurados que en adelante no deben tener comunicacion con persona alguna referente á la causa que está sometida á su fallo.

Al día siguiente empezó la sesion del tribunal á las diez y media.

Fueron llamados los testigos que no se presentaron el día anterior.

Se presenta Mauricio Roux.

El señor Presidente á Roux.—¿Por qué no comparecisteis ayer?

R.—Porque estaba enfermo.

Se procede á oír los testigos de cargo.

El señor Bayssade (Juan), comisario de policía de Montpellier.—El 7 de Julio, á las ocho y media de la noche se le dijo que se habia encontrado un hombre

ahorcado en el subterráneo de una casa del boulevard del *Jeu de Paurne*. Esta casa era del señor Armand. Fué en seguida. Bajó al subterráneo y encontró el *cadáver* de un individuo rodeado de muchas personas, entre las cuales se encontraban el señor Armand y el doctor Surdum. Habia ido creyendo que se trataba de un suicidio, y preguntó en que sitio se habia encontrado el cadáver. Armand fué el primero que dijo: «No se trata de un suicidio; se trata de un asesinato cometido por muchas personas; una sola no hubiera podido poner á la víctima en el estado en que se encuentra.» Examinó el testigo el cadáver, y preguntó al doctor Surdum si aquel hombre habia muerto hacia tiempo. El doctor contestó: «Este hombre no está muerto, aún dá señales de vida; pero es urgente someterlo á los mas enérgicos cuidados, pues está á punto de que se concluya su vida.»

Se le entregó una cuerda que habia quitado de su cuello el doctor Brousse: otra cuerda ligaba los brazos del paciente por detrás; quiso desligarla, pero no lo pudo conseguir porque el nudo estaba extraordinariamente apretado. Rogó al doctor Surdum que procediese á la ruptura de aquel nudo, y le parece que el doctor prestó sus tijeras á Raynal el cual las pasó entre los dos brazos y de este modo cortó la cuerda. El pañuelo que ligaba los piés no estaba tan estrechamente apretado: el testigo pudo deshacer el nudo y quitarlo.

Su primera idea fué hacer transportar el enfermo al hospicio; pero con el miedo de lo que le habia dicho el señor Surdum, que podria morir en el camino, le hizo transportar, bajo la vigilancia del agente de policía que le habia acompañado, al cuarto que ocupaba Roux, calle de los *Grenadiers*. Invitó además al señor Armand á que le diese algunas noticias que pudiesen ponerle en camino para averiguar los autores de aquel crimen, con la indicacion de las causas que hubiesen podido provocarle. El señor Armand le invitó á que subiese á su habitacion situada en el segundo piso, y allí le dijo: «no puedo daros noticia, ni hacer os indicacion alguna, ni sobre la causa de este asesinato, ni sobre sus autores; no los conozco.»

El testigo le preguntó cuáles eran las relaciones

de Roux dentro y fuera de la casa, de qué naturaleza eran; si creía tuviese enemigos capaces de haber cometido aquel crimen, el señor Armand le contestó: «Nada sé de sus relaciones; solo sé que predomina en él la pasión de las mujeres; le he hecho observaciones sobre este particular: además le encontré hace pocos días en las inmediaciones de la estación del ferro-carril en compañía de dos muchachas de aspecto sospechoso. Le hice presente que no estaba de humor de tolerar semejante conducta.» El señor Armand añadió: «mantiene una correspondencia muy activa con una muchacha de Alais que sirvió con él en la misma casa, y con la cual parece que mantiene muy íntimas relaciones. Esta mañana, á las nueve, vino á preguntar por él una mujer que acababa de llegar de Alais, enviada, según parece, por la muchacha que acabo de hablaros; después de haberse asegurado por medio de la portera si Roux era criado de la casa, subió al segundo piso donde encontró á la camarera, á la cual se anunció como que iba de parte de la muchacha de Alais para reclamar de Roux la ejecución de una promesa de casamiento que la había hecho. La camarera respondió que Roux no estaba en casa, que había salido, que le encontraría tal vez en la calle de los Grenadiers en su cuarto. La mujer se retiró al oír aquella respuesta: no se la volvió á ver.»

El testigo preguntó al señor Armand en qué consistía el servicio de Roux, á lo que contestó que habitualmente abría de siete á siete y media los postigos de los balcones, subía agua y carbon para la cocina, etc.; en una palabra, prestaba el servicio de criado. El señor Armand añadió que aquel día su criado no había ido por la mañana á la hora de costumbre; que la camarera le había visto á las ocho y media en la cocina, que había cogido su gorra para marcharse, y que desde aquel momento había desaparecido.

Añadió el señor Armand que durante la mañana no se ocupó de su criado; pero al mediodía cuando volvió á su casa para comer y vió que no servía á la mesa, le llamó la atención su ausencia. A cosa de las dos, preocupado con aquella falta, inquieto hasta saber que es lo que le había pasado á su criado, fué á buscar al cerrajero Servent para que abriese el

cuarto de éste: esto no condujo á resultado alguno; no se encontró á Roux. A cosa de las seis y media, fué á ver si estaba compuesto un carruaje que tenía dado á componer, pensando que allí podrían darle alguna noticia; tampoco le habían visto allí. Volvió á su casa para cenar, y en aquel momento fué cuando encontrándose en la mesa, la camarera bajó al subterráneo para buscar vino, subiendo precipitadamente, impresionada hasta lo sumo por un ruido que había oído en el subterráneo vecino, en aquel donde después se encontró á Roux. Bajó Armand al subterráneo, miró por la claravoya de la puerta y vió á Roux tendido en tierra. No teniendo llave, no sabiendo donde se encontraba, envió á casa del cerrajero Servent para que fuese á abrir la puerta, y él mismo fué á buscar al doctor Brousse. Descerrajado la puerta (pues el cerrajero no pudo abrirla de otro modo), se encontró á Roux tendido de cara contra el suelo sobre un montón de carbon pulverizado; los brazos estaban ligados por la espalda, las piernas juntas con un pañuelo. Además tenía una cuerda que le pasaba al rededor del cuerpo. El doctor Brousse se la quitó para restablecer la respiración. El testigo habló al señor Armand de aquella mujer de Alais que había ido: El señor Armand expresó su creencia que aquella mujer, lo mismo que la muchacha de Alais, de la cual era mensajera, podrían tal vez no ser extrañas al delito: no decía esto de una manera afirmativa; era mas bien una suposición que el testigo consideró grave en el sentido de que le ponían en camino de coger en seguida la pista de los autores de aquel delito.

Recibida esta declaración, hizo llamar á la camarera y á la portera, las cuales la confirmaron. La portera añadió que no había vuelto á ver á Roux desde por la mañana, ni otra persona alguna, sino la mujer de Alais.

Concluidas estas primeras diligencias, el testigo recogió sus notas y se fué en seguida al cuarto de Mauricio Roux á quien había confiado á los cuidados del doctor Surdum. El enfermo estaba aún vestido, pues habían querido esperar su presencia para desnudarlo; hecho esto, y para asegurarse de si había habido lucha, si la víctima se había defendido, examinó su cuerpo; pero este exámen fué superficial,

pues el estado del enfermo, aunque no pareciese completamente desesperado, exigía una calma absoluta. Sin embargo, el señor Surdum y el testigo notaron en la parte posterior del cuello hácia la derecha una mancha roja: el doctor hizo entonces esta observación: «no puedo examinar esa mancha de una manera formal para determinar la causa y el origen; pero mañana por la mañana el enfermo se encontrará probablemente mejor y procederé á un exámen detenido.» Roux se encontraba en aquel momento en un estado que no le permitía hacer la menor indicación ni sobre los autores del crimen, ni sobre sus causas, y para que el tratamiento que se había ordenado fuese eficaz, era de todo punto necesario un absoluto reposo.

A la primera noticia que había tenido del crimen ó suicidio, el testigo había hecho prevenir al señor procurador imperial, al señor juez de instrucción y al señor comisario central para que se trasladasen al lugar donde habían ocurrido los sucesos; pero después de la declaración del señor Surdum, no tenía otra cosa que hacer sino seguir el tratamiento que había prescrito: tanto el doctor como él se retiraron á media noche.

Quedaron dos agentes al lado del enfermo, como también un practicante de medicina que había ofrecido espontáneamente sus servicios. Había además cerca del enfermo dos hombres del servicio de la casa, Malzac y el portero.

El testigo, al dejar el cuarto de Roux, recomendó expresamente á los agentes que si recobraba los sentidos, fuesen inmediatamente á avisarle. A las siete de la mañana le avisaron que Roux, después de pasar la noche tranquilo, había recobrado sus sentidos, así como sus facultades mentales, y que sobre todo había contestado á las preguntas que le habían dirigido los agentes y el discípulo de la facultad de medicina. Trasládose al lado suyo, le habló, reconoció que le comprendía y que no podía contestar palabra, si bien podía responder por medio de signos. El señor procurador imperial y el señor juez de instrucción debían llegar á cosa de las ocho de la mañana. El testigo creyó oportuno esperar su llegada y dejó el cuarto. Llegó en seguida el doctor Surdum que examinó al enfermo y le dirigió algu-

nas preguntas. «¿No sabéis una cosa? le dijo el doctor Surdum, ¿no sospechareis á quien acusa Roux de haberle asesinado?» «No, le contestó el testigo; pero si puede decirlo será una fortuna.» Entonces el doctor le contó que había preguntado á Roux quien le había causado el mal la víspera, si eran personas de la casa. Sobre este último punto la respuesta fué afirmativa.—¿Eran personas del piso bajo? Respuesta negativa.—¿Del primer piso? Contestación negativa. Dos inquilinos ocupaban el segundo.—Eran personas del piso de la derecha? Respuesta negativa.—¿Era alguno de casa del señor Armand? Dos signos afirmativos.—¿Era el señor Armand? Respuesta afirmativa muy enérgica.

El testigo rogó al señor Surdum no dijese nada sobre las contestaciones á persona alguna hasta la llegada de los señores procurador imperial y juez de instrucción.

Encontrábase en la calle cuando vió llegar al señor Armand en compañía del señor Biguet, su tío; después de lo que acababa de oír el testigo, pensó que debía prestar la mayor atención á aquella visita que Armand iba á hacer á Roux, y volviendo á entrar en el cuarto en seguida, se colocó de manera que pudiese estudiar con cuidado las fisonomías del acusado y del acusador. El señor Biguet se aproximó el primero á la cama de Mauricio y le preguntó con aire afectuoso como se encontraba. Roux contestó por medio de signos que se encontraba un poco mejor. Durante este tiempo, Mauricio tenía fija la mirada sobre Armand, que la soportaba sin inmutarse, de una manera completamente pasiva, metidas entrambas manos en los bolsillos del pantalón. Cuando el señor Biguet se separó y el señor Armand ocupó su puesto cerca de la cama de Roux, éste se puso á mirarle con tal expresión en los ojos, que el testigo no sabría como pintar fielmente. El señor Armand dijo á Roux: «¿Me reconocéis?» Respuesta afirmativa por medio de un ligero signo hecho con la cabeza. Mauricio Roux levantó entonces su mano izquierda y la llevó hasta el chaleco de Armand, donde la tuvo suspendida durante algunos instantes, dejándola luego caer. Léanse en su fisonomía sentimientos que no podía explicar hasta que recobrarse el uso de la palabra. El señor Armand parecía también impresionado.

do, su cara estaba ligeramente contraída. ¿Era de ver á su criado en peligro de muerte? ¿Era por cualquier otro motivo? El testigo no sabe decirlo.

Pocos momentos despues llegó el señor procurador imperial. Acto continuo le comunicó cuanto le habia dicho el doctor Surdum y las observaciones personales sobre el señor Armand y sobre Roux. El señor procurador imperial, sin dudá, para darse cuenta del estado de las facultades mentales del enfermo, pidió que se le proporcionase un cuadro alfabético, que entregó á Roux, pidiéndole que apuntase una letra de las que entrasen en la composicion del nombre indicado, así que él la pronunciase. La primera letra del alfabeto fué pronunciada, y apuntada con las otras, se procedió del mismo modo hasta que quedó compuesta la palabra Armand.

El señor procurador imperial no quiso contentarse con una sola prueba; repitió muchas veces la experiencia, y siempre obtuvo el mismo resultado; es decir, que cada vez Roux designó á su amo como su asesino.

En aquel momento llegó el juez de instruccion. El señor procurador imperial le puso al corriente de cuanto acababa de pasar. El señor juez de instruccion procedió por sí mismo á la experiencia: el resultado fué idéntico; hasta parecia que el mismo Roux se presentaba cada vez mas afirmativo.

En vista de aquella viva insistencia, el juez de instruccion ordenó la confrontacion del señor Armand con Mauricio Roux: antes trató de hacer comprender á Roux toda la gravedad de la acusacion que formulaba contra un hombre cuya posision social le ponía á cubierto de la sospecha de haber cometido un crimen; persistiendo con fuerza Roux, tuvo lugar el careo. Dió como resultado por la parte de Roux enérgicas afirmaciones; por la parte de Armand negativas no menos enérgicas.

A continuacion de este careo, el juez de instruccion ordenó que se procediese á visitar el lugar donde se habia cometido el delito; hizose inmediatamente; el señor Armand acompañó al juez de instruccion y al procurador imperial; el testigo fué invitado á que los siguiese. Fuimos todos al subterráneo en que Roux fué encontrado: se le examinó en todos sentidos; el testigo dió comunicacion de to-

das las noticias que hasta entonces habia recogido.

Concluida esta visita, continuó el testigo, fuimos al despacho del señor juez de instruccion; el señor Armand nos acompañó. El juez de instruccion oyó á Armand, y le despidió á cosa del mediodía, diciéndole que si le necesitaba le llamaria.

A las dos se me llamó por el señor juez de instruccion; cuando estuve en su despacho me entregó un auto de prision contra el señor Armand, diciéndome lo ejecutase al momento. No debia hacer otra cosa sino obedecer. Fuí á casa del señor Armand, á quien encontré en sus habitaciones acompañado de su familia. Dijele que tenia órdenes que cumplir, y le invité á que fuese á ver en seguida al señor juez de instruccion: «Bayssade, me habia dicho el juez, que no haya escándalo si es posible; procurad que se obtenga el resultado sin necesidad de recurrir á la fuerza, cumplid mis órdenes del modo mas conveniente que podais.» Conforme con estas instrucciones fuí solo á ver al acusado, que no pudiendo creer que se trataba de su arresto, me dijo: «Nada tengo que hacer con el señor juez de instruccion; ya he estado bastante tiempo con él en su despacho, no tengo necesidad de volver;» á lo que contesté: «Seria lamentable que si el señor juez de instruccion tuviese necesidad de veros, se viese obligado á emplear medidas enérgicas; hacedme el obsequio de venir conmigo.» Allí se encontraba el señor Biguet, á quien supliqué usase de toda su influencia sobre el señor Armand, diciéndole que consintiese en seguirme; pero que vaya con vos, no quiero cojerle por el cuello; os precederé diez pasos.» A instancia de su tío, el señor Armand consintió en seguirme. Así que llegamos al pátio del palacio de justicia, hube de poner en ejecucion el mandato de que yo era portador y que presenté: el señor Armand protestó de la manera mas enérgica contra aquella medida; pero gracias tambien á la intervencion del señor Biguet, consintió en constituirse preso.

Tales son los datos en los que tomó parte el testigo en la noche del día 7 de Julio y durante el día 8.

Al día siguiente, por comision del señor juez, procedió á una visita domiciliaria en la casa del señor Armand y lugares anejos á su habitacion. Tenia en cargo especial de buscar la llave del subterráneo que

no se habia podido encontrar en parte alguna. Así que tuvieron conocimiento de su mandato se le puso todo á su disposicion: encontrábase reunidas muchas personas en la casa; el señor Benker, el señor Biguet, parientes y amigos de la familia; las investigaciones no produjeron resultado alguno. Cuando el testigo iba á dejar el segundo piso, la señora Armand quiso sujetar á su exámen un lio de ropa súcia preparado por Mauricio Roux, en el que suponía podrian tal vez encontrarse piezas que pertenecian á la casa y que estaban marcadas con sus iniciales. En efecto, habia una servilleta súcia y un delantal de cocina marcados A. A.

El testigo bajó en seguida al subterráneo, encontrábase lleno de carbon, que fué preciso poner en un lado mientras se examinaba el otro: este testigo se presentó delante de la familia; no se encontró cosa alguna.

El señor Benker, hijo, y el testigo, hicieron una experiencia para saber á que distancia iria á caer una llave tirada al interior del subterráneo por el ventanillo ó claraboya de la puerta: estas pruebas indicaron 1 á 1'50 metros.

El testigo se habia olvidado de decir que en el cajon de un mueble (un bufete, interrumpió la defensa) encontró y recogió una cuerda que le ha parecido ser como aquella que ligaba los brazos de Mauricio Roux. Explorado el subterráneo, el testigo visitó el despacho del señor Armand, las cuadras, las cocheras, el cuarto de Roux, siempre acompañado por la familia. En una de las piezas del despacho encontró dos pedazos de cuerda parecida á la que habia encontrado antes; como la otra la recogió tambien: en cuanto á la llave, no se la encontró en parte alguna.

Mas tarde el testigo, no puede precisar el día, fué llamado por el señor juez de instruccion para asistir á la comunion de Mauricio Roux, que tuvo lugar en el hospital. Aquí el testigo dá cuenta de un paso que dió dos días despues de la admision de Roux en el hospital y cuando ya habia recobrado el uso de la palabra. Encontrábase aún bajo la impresion que le habia producido la entrevista de Armand con Mauricio Roux en el cuarto de este último: fué á ver á Roux al hospital y le preguntó. Este, despues de haber declarado que se acordaba muy bien de

la entrevista, añadió: «Cuando ví á Armand sentí de tal modo el deseo de vengarme, que levanté la mano hácia él con el deseo de la venganza, con el deseo de romperle la cara; pero la mano se me quedó en el chaleco y me cayó cuando Armand hizo un movimiento separándose de mí.»

El testigo parecia fatigado; sin embargo, despues de cortos momentos de interrupcion, continuó y dió cuenta de la escena de la comunion, á la cual asistió á petición del juez.

El señor primer Presidente al testigo.—¿Ha concluido vuestra declaracion?

R.—Sí, señor.

P.—Habeis empleado diferentes veces al declarar la palabra *cadáver* hablando de Mauricio Roux; sin embargo, no estaba muerto.

R.—No sé en qué circunstancias se encontraba cuando yo entré en el subterráneo; yo llegué bajo la influencia de que se habia encontrado un hombre ahorcado en el subterráneo. La posicion del cuerpo era de tal naturaleza que me confirmó en esta idea. Hé aquí por qué he repetido que yo creia ver un cadáver en el individuo que estaba tendido en el suelo.

P.—¿Sabeis cuál es hoy el sistema de defensa de Armand? Dice que Roux ha representado una comedia. Yo os pregunto si la impresion que habeis recibido al aspecto de Roux era la que resulta de ver á un hombre representar una comedia de cualquier modo.

R.—No, señor primer Presidente. No he creido que Roux hiciese una comedia; y podia pensarlo tanto menos cuanto que Armand me afirmaba que era víctima de un asesinato: por lo demás, lo cierto es que mas tenia el aspecto de un cadáver que de un hombre vivo.

P.—¿Podreis decirme cómo estaba atado Roux?

R.—La cuerda del cuello se la habian quitado ya. Antes de cortar las ligaduras que tenian los brazos, comprobé que *las cuerdas daban tres vueltas al rededor de los brazos*. Solo con la imaginacion veo y puedo representarme la situacion de Roux: los brazos estaban atados el uno al otro, las manos se encontraban unidas por los dorsos.

P.—Imitad con vuestras manos la manera como se las visteis unidas.